

ADELAIDA ODRIOZOLA ARTOLA

José M^a Logroño Zubillaga

Adelaída Odriozola cumplió, el pasado 21 de septiembre, 100 años; es por ello por lo que, con intención de ofrecerle un pequeño homenaje, su nieto nos recuerda a grandes rasgos, lo que ha sido, es, su vida y los recuerdos que, ahora, desde la distancia (reside fuera de la localidad), guarda de una persona con la que convivió directamente durante muchos años, de su amona.



Adelaida Odriozola

Cumplir cien años es todo un acontecimiento para cualquier persona; no solo para ella, sino también para todos aquellos que están junto a ella y más aún, si se trata, como en este caso, de un ser querido.

Adelaida Odriozola Artola siempre ha hecho gala de sus orígenes; no obstante sus padres, Manuel Odriozola Mitxelena y Mikaela Artola Egües, eran naturales de Gabiria y Lezo respectivamente.

Pero, nuestra homenajeada nació lejos de la tierra de sus antepasados. El 21 de septiembre de 1901 venía al mundo en el municipio de Potes, en la actual provincia de Cantabria. Por motivo de los negocios que llevaba su padre, la familia se había instalado en aquellos parajes cercanos a los Picos de Europa. Fue la menor de tres hermanas y, como hemos podido comprobar, la más longeva. Su padre, Manuel Odriozola, ostentaba la concesión administrativa del correo entre Unquera y Potes, labor que llevaba a cabo sobre caballos a lo largo del desfiladero, entonces más tortuoso que ahora, de la Hermida y donde, en cierta ocasión, con aire de leyenda contaba Adelaida, se le cayeron los animales al río.

Contando Adelaida con ocho meses de edad falleció el padre, y con ello comenzaron las desgracias para aquella familia que hasta entonces había llevado una vida cómoda y sin sobresaltos. Los negocios empezaron a ir mal y con el paso de los años la situación, por lo que conozco, se hizo insostenible. Su madre, Mikaela, optó por regresar a su tierra, y, al contar con una tía en Hernani, Ignacia Artola, llegaron a este pueblo a finales de junio de 1919, el día 30 de aquel mes, concretamente. Se instalaron primero en Fuera Portales, luego en Cinco Enea, para pasar después a la que sería su vivienda definitiva y la que marcó toda su vida en el pueblo: el nº 44, 1º izqda. de la calle Mayor. Allí vivió con su marido, mi abuelo, Crisantos Logroño, natural de Tierra Estella, de Mañeru más concretamente. En aquella casa, donde igualmente residimos yo y mi familia durante más de 16 años, nacieron sus tres hijos, de los cuales la mayor, una niña, murió al poco de nacer.

Son, aquellos, los años de trabajo en la empresa textil de Santiago Carrero, que, como muchos de los que leen estas líneas recordarán, se encontraba situada en el actual paseo que arranca de Atsegindegi, en la prolongación de Urbietta kalea. Adelaida recuerda esta época con especial cariño y, con ella, a las compañeras que por aquel entonces trabajaron a su lado.

Trabajó también en una cooperativa que había en la calle Urumea; decir que, no sé si por mi actual lejanía, nunca me he acostumbrado a llamarla calle Kardaberaz ó Kardaberaz kalea. De entonces es el recuerdo hacia Paco Lizasoain, con quien compartió tareas y ratos de trabajo.



Con compañeras a la puerta de la cooperativa por aquel entonces existente en la calle Urumea. Adelaida es la segunda a la derecha.

Llegó la guerra, y con el estallido de la contienda, la huida hacia Bilbao. Estos sucesos le marcaron profundamente, como a la mayor parte de las personas de aquellas generaciones. Son innumerables las anécdotas y vicisitudes de aquel momento que he escuchado contar de sus labios, algunas de ellas trágicas, otras, sencillamente divertidas.



Adelaida (última fila, primera a la izqda.) con un grupo de trabajadoras de la fabrica de punto Santiago Carrero.

De mente lúcida y con una memoria privilegiada, mi familia y yo mismo conocemos, por los relatos que contaba, todos los entresijos del Hernani de entonces. Anécdotas, historias divertidas, apodosos o motes, la posguerra...; en fin, relatos de una época pasada llena de situaciones que hoy pudieran parecer sacadas de una novela increíble, pero que, sin embargo, para bien o, para no tanto, sucedieron. De todas formas, no es éste, quizás, el momento ni la ocasión de reproducir esos pasajes.

Enviudó en 1964, y desde entonces (ha vivido siempre con su hijo José Mari), prácticamente en toda mi existencia, considero, ha tenido una vejez con una calidad de vida que ya la quisiéramos todos para nosotros cuando llegue el momento.

De entre los años 1974 y 1989 es de cuando me llegan los recuerdos de su grupo de amigas. Recuerdo especial para la que fue, a la postre, su gran amiga y a la que todos en casa guardamos un enorme cariño, Inaxi Goñi. En casa de esta se reunían para todo. Fueron épicas las tensiones que se suscitaban en las partidas de cartas que jugaban los jueves. En este punto quiero recordar también a Maritxu Goñi, Tomasita Azpiazu, Felisa Eguren y a otras de las que mi recuerdo es más vago.

Viajaron a Salou, a Laredo y a otros lugares, siempre con la intención de no dejar de ver y visitar nada. Fueron años de vitalidad y de vivir la vejez con optimismo e ilusión. Con más de ochenta años iban a Donostia en

autobús a pasar la tarde, y creo saber que disfrutaban muchísimo.

En Junio de 1982 nos trasladamos a la calle Larramendi y este cambio le supuso la añoranza continua de la que había sido su casa en la calle Mayor.

El tiempo ha ido pasando. Las amigas, los conocidos y sus contemporáneos han fallecido y ella, entre nosotros, gracias a los cuidados y atenciones de su nuera Paqui, y los que el personal del Centro de Día tiene con ella. Acude diariamente de lunes a sábado desde hace tres años y esa movilidad e ir de un sitio a otro, de casa al centro etc. es lo que la mantiene en forma y lo que hará, si Dios quiere, que el próximo 21 de septiembre celebremos el 101 cumpleaños de Adelaida.

A pesar de no haber nacido en Hernani, ella se siente profundamente hernaniarra y su agradecimiento hacia el pueblo que la acogió en 1919 siempre será grande. En Hernani, además, están enterrados todos sus seres queridos, excepto su padre y su hermana mayor, que ha principios del siglo XX emigró a Argentina y a la que nunca más volvió a ver.

Desde Pamplona, donde vivo, quiero que estas líneas sean un homenaje hacia mi amona pero también hacia aquellas personas que vivieron junto a ella, que pasaron por su vida y que tuvimos la oportunidad de conocer. Son el legado de un Hernani pasado, que poca gente conoce ya, y que contado por Adelaida podría dar para varios libros.



Con su grupo de amigas y el matrimonio Azpiazu - Goñi.